

Domingo 7B: La Fe Verdadera

Preguntas y Respuestas 21-23

Lectura: Romanos 10

Salterios:

Primero: 241:1,2,5

Segundo: 162:1,2

Tercero: 308:1,2,3,4

Cuarto: 20:1,2

Último: 382:1,5

Querida congregación,

Romanos 10 es un capítulo de la Palabra de Dios que puede enseñarnos mucho acerca de la fe. En este capítulo, el apóstol no solamente habla sobre el pueblo de Israel y su profundo deseo de corazón por su salvación, sino también acerca de una fe verdadera y viva. ¿Qué nos dice acerca de la fe? Primeramente, que la fe es un asunto del corazón: *“Porque con el corazón se cree para justicia”* (vs. 10a). El Espíritu Santo utiliza la Palabra de Dios como la semilla de la regeneración y la implanta en el corazón, donde echa raíz hacia abajo y produce fruto hacia arriba. Es, en efecto, un asunto del corazón. En segundo lugar, la fe es obrada bajo la predicación de la Palabra: *“¿Y cómo creerán en aquel de quien no han oído?”* (vs. 14b). La Palabra de Dios entra por la puerta del oído y toma posesión del corazón. *“La fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios”* (vs. 17). En tercer lugar, la fe verdadera humilla al hombre ante Dios. La fe hace que el hombre renuncie a sus supuestas buenas obras y justicias, se someta a la justicia de Dios, huya al Señor Jesucristo como se revela en el evangelio, y se aferre únicamente a Él. *“Porque el fin de la ley es Cristo, para justicia a todo aquel que cree”* (vs. 4). En cuarto lugar, la fe es un don de Dios. En el versículo 20, el Señor dice: *“Fui hallado de los que no me buscaban; Me manifesté a los que no preguntaban por mí”* (vs. 20b). Es una obra de gracia libre y soberana. Finalmente, la fe es una confianza que no avergonzará: *“Porque la Escritura dice: Todo aquel que en él cree no será avergonzado”* (vs. 11).

Querido oyente, ¿posee esta fe? ¿Conoce el poder de esta fe? ¿O aún es extraño a ella? Que el Señor no le dé descanso hasta que sea hecho partícipe de ella. Que el Espíritu Santo utilice la Palabra predicada para obrar esta fe en nuestros corazones y en los de nuestros hijos, nuestras hijas, nuestros niños y nuestras niñas.

¿Pregunta usted qué es esta fe y en qué consiste? Escuche la explicación dada en el Catecismo de Heidelberg. Una vez más vamos al Domingo 7 de nuestro Catecismo. La anterior vez consideramos la Pregunta 20; esta vez queremos enfocarnos en las demás preguntas.

Pregunta 21: ¿Qué es la verdadera fe?

Respuesta: No es sólo un seguro conocimiento por el cual considero cierto todo lo que el Señor nos ha revelado en su palabra, sino también una verdadera confianza que el Espíritu Santo infunde en mi corazón, por el Evangelio, dándome la seguridad de que no sólo a otros, sino también a mí mismo Dios otorga la remisión de pecados, la justicia y la vida eterna, y eso de pura gracia y solamente por los méritos de Jesucristo.

Pregunta 22: ¿Qué es lo que debe creer el cristiano?

Respuesta: Todo lo que se nos ha prometido en el Santo Evangelio, sumariamente contenido en el Símbolo Apostólico, en cuyos artículos se expresa la fe universal e infalible de todos los cristianos.

Pregunta 23: ¿Qué dicen estos artículos?

Respuesta: Creo en Dios Padre, todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra. Creo en Jesucristo, su único Hijo, nuestro Señor; que fue concebido por el Espíritu Santo, nació de María virgen; padeció bajo el poder de Poncio Pilato, fue crucificado, muerto y sepultado; descendió a los infiernos, y al tercer día resucitó de entre los muertos; subió a los cielos; y está sentado a la Diestra de Dios Padre todopoderoso; desde allí vendrá a juzgar a los vivos y a los muertos. Creo en el Espíritu Santo; una santa Iglesia cristiana católica, la comunión de los santos; la remisión de los pecados, la resurrección del cuerpo y la vida eterna. Amén.

Estas tres preguntas del Domingo 7 hablan sobre:

La Fe Verdadera

1. Primero, veamos lo que no es
2. Luego, veamos lo que es

Repito: La fe verdadera. Veremos, en primer lugar, lo que no es, y luego, lo que es.

Congregación, en el Domingo 7 escuchamos acerca de la fe verdadera. Esa palabra “verdadera” ya implica que también existe un tipo de fe que no es verdadera; es falsa, no es la genuina. Puede ser una copia de la original, pero no está viva; no es de Dios. Todo lo que es verdadero en este mundo será imitado. Permítanme darles dos ejemplos de mi tiempo en Nigeria. El primer ejemplo tiene que ver con llantas de bicicletas. En los mercados, uno podía comprar las llantas nigerianas o holandesas. Las nigerianas no eran de buena calidad; se desgastaban muy pronto. Las holandesas eran más caras, pero duraban más tiempo. Sin embargo, uno debía tener mucho cuidado al comprar llantas con la etiqueta “Hecho en Holanda”, porque a veces eran fabricadas

en Nigeria. Eran imitaciones. Después de una semana de haberlas comprado, uno se encontraba parado al lado del camino con una llanta pinchada.

El segundo ejemplo tiene que ver con las lámparas de queroseno. Dado que los habitantes de las zonas rurales no disponían de electricidad, tenían que utilizar lámparas de gasolina o queroseno. Algunas de estas lámparas, fabricadas localmente, se rompían fácilmente, a diferencia de las que procedían de la ciudad de Jena, en Alemania Oriental. Sin embargo, estas lámparas también eran imitadas. Uno no se podía fiar simplemente de la palabra “Jena” escrita en el cristal. También era muy difícil discernir si una lámpara era original de Jena o una imitación.

Lo mismo se aplica en cuanto a la fe, congregación. Cuando uno va a la feria entre semana, tiene que estar muy atento. Cuando uno va a la iglesia el domingo, es lo mismo. Hay “puestos de venta” religiosos que ofrecen un tipo de fe que parece real, pero, de hecho, es falsa. No es obrada por Dios, sino por el hombre. No todo lo que brilla es oro; recuerden eso. Puede haber apariencia de verdad, pero carece de fundamento. No se engañen fácilmente; busquen lo que lleva el sello del Espíritu Santo. ¿Qué es, entonces, la fe verdadera y salvadora? Esperamos responder a esta pregunta con la ayuda de nuestro Catecismo. Sin embargo, antes de esto, intentaremos explicar lo que *no* es la fe verdadera.

Primer pensamiento. Lo que no es.

En primer lugar, congregación, una fe verdadera no es *simplemente creer que la Biblia es verdadera*. Obviamente, en sí mismo es bueno creer esto. Confío en que todos ustedes están convencidos de que la Biblia es la Palabra infalible de Dios. Lo han escuchado en el hogar, en la iglesia y en el colegio. Lo que Dios nos dice en Su Palabra es siempre verdad. No es un cuento, un mito o una fábula; es la verdad. Es bueno creer esto porque puede guardarnos de mucho error y de mucho pecado. Sin embargo, no es suficiente creer que la Biblia es verdadera. Aun el diablo lo sabe, y tiembla. Él cree que hay un solo Dios, que Jesús es el Cristo, y que el Día de Juicio está viniendo. No lo salva, pero sí lo hace temblar. ¿Tiembla *usted* alguna vez? ¿O puede escuchar la Ley y el Evangelio sin la menor emoción? ¡Si ese es el caso, tiene aún menos fe que el diablo!

Congregación, puede que les guste escuchar las historias de la Biblia y que incluso crean en ellas, pero si permanecen igual y se aferran a sus pecados, esa fe no va a salvarlos. Puede que les encante escuchar un sermón profundo en el cual la condición perdida del hombre se describa con los colores más oscuros posibles, pero si no lloran por ustedes mismos, esa misma verdad testificará contra ustedes. Puede que oigan el mensaje de un Salvador crucificado y los amables llamados del evangelio, pero si esto no los mueve a buscarlo y abrazarlo, su responsabilidad será aún mayor. Tal fe no va a salvarlos; es meramente una fe histórica.

La fe histórica reside en nuestra mente, nuestro cerebro, nuestro intelecto. Se asienta demasiado arriba: En la cabeza, y no desciende al corazón. A la fe histórica casi no se la puede llamar fe. Simplemente significa que creemos las historias de la Biblia. Tenemos un ejemplo de esto: el rey Agripa en el libro de los Hechos. Cuando Pablo llegó a la aplicación de su sermón, le preguntó: “¿Crees, oh rey Agripa, a los profetas? Yo sé que crees” (Hechos 26:27). ¿Qué le respondió Agripa? “*Por poco me persuades a ser cristiano*” (vs. 28). El rey no tenía más que una fe histórica. ¡Qué triste! Fue casi un cristiano, pero permaneció extranjero —casi salvo, y sin embargo perdido.

¿Qué, pues, es la fe salvadora? No es *simplemente creer en el Señor por algún tiempo*. El Señor Jesús habló de tales personas en la Parábola del Sembrador y la semilla. Cuando escuchan el evangelio, se sienten emocionados; reciben la Palabra al momento, y lo hacen con gozo. Aceptan a Jesús, se regocijan y comienzan una nueva vida. Suena tan atractivo, y es verdad, esa fe es más atractiva que la fe histórica. La fe histórica es tan seca, tan externa y tan intelectual. Las personas con una fe temporal, por el contrario, muestran más calidez, alegría y emoción. Todo parece muy real y verdadero.

Sin embargo, no es verdadero. Su fe es temporal. El Señor Jesús dice que su gozo es solo por un tiempo. Cuando tales personas se enfrentan a persecución y dificultades, se decepcionan. Esperaban el cielo —no solo un cielo en lo alto sino también aquí abajo. Tal como el Sr. Flexible en *El Progreso del Peregrino*, vuelven a su pasada manera de vivir. ¿Cuál era el problema con ellos? Fueron tocados en sus *emociones*, pero su *corazón* nunca fue quebrantado. Su gran “Yo” nunca recibió el golpe mortal; la raíz del pecado permanecía, y el amor por el mundo se ocultó solo por un tiempo. Las personas con esta fe creen por algún tiempo, pero no perseveran. Vuelven atrás cuando llegan las dificultades.

¿Conoce ejemplos de esto en la Biblia? Orfa es uno. En su vida se puede ver cuán lejos puede llegar el asunto. Orfa era nuera a Noemí, al igual que Rut. Había visto el temor de Jehová en la vida de su suegra y sentía amor por ella. Cuando Noemí regresó a su pueblo, Orfa la acompañó y lloró cuando le pidió volver. Sus lágrimas no eran falsas; sin embargo, ella volvió a su país, a su pueblo y a sus ídolos. ¿Por qué? ¿Por qué algunos vuelven a su pasada manera de vivir después de un tiempo? Es porque no hay fe verdadera en sus corazones. Su fe era un asunto de emoción, pero no estaba arraigada en su corazón. La Biblia dice que no tienen raíz ni profundidad de tierra. Debajo de la superficie de esos sentimientos altisonantes sigue estando ese terreno pedregoso. Básicamente, nada ha cambiado.

¿Qué es la fe verdadera, congregación? No es creer solo con el intelecto; tampoco es creer solo con las emociones, ni *creer únicamente en milagros*. Si les preguntara hoy cuántos pueden hablar de un milagro en su vida, de un suceso notable o de una respuesta especial a alguna oración, estoy seguro de que muchas manos se levantarían. Quizás recibió a su esposa o esposo de una

manera maravillosa. Tal vez fue ayudado en un tiempo de pobreza cuando no sabía cómo proveer para sus necesidades básicas, y pudo reconocer: “Esta es la mano de Dios”. O quizás fue sanado cuando los médicos ya habían perdido la esperanza. Y puede ser incluso que le haya sido dado creer que iba a suceder ese milagro. Confió en el Señor, y así sucedió. O quizás oró por otra persona; creía que la respuesta vendría, y así fue, usted fue testigo de un milagro.

Es un gran privilegio cuando tales cosas suceden. Que no haya ningún malentendido al respecto. Es un privilegio que debería humillarnos profundamente ante el Señor. Pero, ¿es esta la fe verdadera y salvadora? ¿Nos ayudará a entrar en el reino de Dios? ¡De ninguna manera! ¡Cuánta gente basa su salvación en una liberación temporal o en una respuesta a alguna oración! Si edificamos sobre eso, somos como el hombre insensato que edificó sobre la arena. No hay fundamento firme; es suelo que se hunde. Nos avergonzará en la hora de la muerte. Una fe en milagros no nos puede salvar, aunque nos pueda traer salud al cuerpo.

Piensen en los diez leprosos: todos estaban sufriendo de la misma horrible enfermedad; todos clamaron al Señor Jesús para que los ayudara; todos fueron instruidos a presentarse ante el sacerdote, y todos experimentaron un milagro en el camino. Sin embargo, ¿cuántos de estos leprosos fueron realmente salvos? ¿Cuántos volvieron a Jesús? Solo uno: un samaritano despreciado. Él necesitaba al Señor Jesús no solamente para sanar su cuerpo, sino también para la salvación de su alma. Glorificando a Dios en voz alta, se postró a los pies de Jesús. Los otros nueve leprosos también fueron sanados, pero no tenían la fe salvadora. Lo único que tenían era una fe en milagros.

En la vida del pueblo de Dios, estos dos tipos de fe a veces van de la mano. Han recibido la fe salvadora, pero, a veces, reciben fe para algún asunto especial. Creen que un milagro será hecho para ellos o en ellos. No ocurre cada día, pero sí ocurre. Entonces, tienen una fe en milagros y también una fe salvadora. Pero los nueve leprosos no tenían más que una fe milagrosa. Tal fe nos deja fuera de Cristo; nos deja en nuestro estado de muerte espiritual.

Entonces, ¿qué es la fe verdadera? Antes de hablar de ello, intentaremos explicar una vez más lo que no es. ¡Presten atención! No consiste *simplemente ser activos* en el reino de Dios. ¿Es incorrecto, entonces, ser activo en la obra del Señor? ¡Por supuesto que no! Un día, Moisés exclamó: “*Quién diera que todo el pueblo de Jehová fuera profeta, que Jehová pusiera su espíritu sobre ellos*” (Números 11:29). Oh, hay tanta indiferencia, tanta pereza y tanta tibieza hoy en día. Congregación, no es malo obrar en la viña, proveer los medios para la obra de misiones y la distribución de la Biblia, ayudar en los asuntos de la congregación, etc. Son cosas buenas y necesarias; sin embargo, debemos tener cuidado. Podemos ser muy activos en todo ello y aun así permanecer ajenos a Dios y a Su gracia.

Un ejemplo de esto es Pablo antes de su conversión. Siendo fariseo, era extremadamente diligente y activo. Conocía las Escrituras y oraba en todo momento. Tenía celo por Dios. Así lo expresó también en Romanos 10, cuando habló de su pueblo judío. Les encomendó porque tenían “*celo de Dios, pero no conforme a conocimiento*” (Romanos 10:2). ¡Pablo sabía de lo que hablaba porque había vivido así! Ahora, con los ojos abiertos, él lo veía claramente. Sus compatriotas judíos eran muy celosos, pero carecían de conocimiento *espiritual* o santificado. ¡Qué lección para nosotros! ¡Qué advertencia tan seria! Podemos ser muy activos en la obra de Dios y aun así carecer por completo de esa fe verdadera y salvadora.

Segundo pensamiento. Lo que es.

Congregación, ¿qué es entonces la fe verdadera? Les dije que no solo iba a explicar lo que *no* era. Es importante saber lo que no es. Es muy triste ser engañado en asuntos temporales, porque puede resultar en decepción y pérdida económica. Sin embargo, uno puede superarlo. Pero si engaña a su alma para la eternidad, nunca podrá enmendarlo ni tener otra oportunidad. ¿No vale la pena entonces examinar cuál es el fundamento de nuestra vida y sobre qué edificamos? ¿No es absolutamente necesario que alguien que afirma creer se examine a sí mismo para ver si su fe es la fe de los escogidos de Dios o es una fe hecha por sí mismo; si es genuina o falsa? En esto, el Catecismo puede ayudarnos. Nuestro Catecismo nos muestra claramente cuál es la naturaleza de la fe verdadera. Consideren la respuesta a la Pregunta 21:

“La fe verdadera no es sólo un seguro conocimiento por el cual considero cierto todo lo que el Señor nos ha revelado en su palabra, sino también una verdadera confianza que el Espíritu Santo infunde en mi corazón, por el Evangelio, dándome la seguridad de que no sólo a otros, sino también a mí mismo Dios otorga la remisión de pecados, la justicia y la vida eterna, y eso de pura gracia y solamente por los méritos de Jesucristo.”

Hay algunas cosas que nos llaman la atención en esta respuesta. Primero, la fe verdadera es *un fruto de la obra del Espíritu de Dios* en Su operación salvadora. Existe una obra general del Espíritu Santo, pero también una obra especial. La fe verdadera es fruto de esa obra especial, esa obra salvadora del Espíritu de Dios.

La segunda cosa que notamos es que el Espíritu Santo obra esta fe *en el corazón*. La fe histórica se asienta en nuestra mente, la fe temporal en nuestras emociones, la fe en milagros en nuestra voluntad, y la fe que nos hace activos en la viña del Señor en nuestras manos y pies. La fe verdadera y salvadora es todo esto, pero mucho más. En primer lugar, es un asunto del corazón. Esto es lo que nos explica nuestro Catecismo en el Domingo 7. La fe verdadera toma posesión total del hombre entero. A veces decimos que alguien tiene *fe*, pero, más bien, es la fe la que lo posee *a él*. Podemos tener un auto y manejarlo y estacionarlo, pero no poseemos la fe en ese sentido. La fe lo tiene a él. La fe toma control total del corazón y de la vida de la persona porque

es una gracia que renueva el corazón y la vida. En este momento, no hablaré de las imperfecciones del verdadero creyente. Sabemos que aun el hijo más querido por Dios gime bajo un cuerpo de pecado y muerte mientras permanece en este mundo. Sin embargo, cuando la fe es implantada en el corazón, toma posesión de todas las facultades del hombre. No es solamente cristiano los domingos; desea servir a Dios con todo su corazón, todos los días de su vida.

Otra cosa que nuestro Catecismo explica es que la fe verdadera *consiste en dos partes*: conocimiento y confianza. Hay conocimiento porque la mente es iluminada por el Espíritu Santo. El pecador recibe luz espiritual de lo alto, disipando las tinieblas dentro de él. Se le concede ver la Palabra de Dios con nuevos ojos y gustar de su dulzura y glorioso poder. En otras palabras, recibe un conocimiento santificado. También hay una verdadera confianza. Tal como ocurrió con Lidia, el corazón es abierto por el Espíritu Santo. Hay un inclinarse ante Dios y un refugiarse en Cristo. En resumen, hay conocimiento y confianza. Consideremos más de cerca estos dos componentes de la fe verdadera.

Nuestro catecismo dice que la fe es primeramente “un seguro conocimiento”, un conocimiento firme y profundo, “por el cual considero cierto todo lo que el Señor nos ha revelado en Su Palabra.” Aceptamos la Palabra de Dios desde Génesis hasta Apocalipsis. Abrazamos tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento, la Ley como el Evangelio. Sostenemos que todas estas cosas son verdad. Y nos aferramos a esta verdad y la atesoramos en lo más profundo de nuestro corazón. Es la preciosa Palabra de Dios; es la verdad de Dios. Allí empieza todo.

¿Ven cuán importante es conocer su Biblia? Tómense el tiempo para estudiarla. Hay tiempo para todas las demás cosas; debería haber tiempo también para la lectura de la Biblia, tanto personalmente como en familia. Todos saben cómo es cuando nos sentamos alrededor de la mesa en familia. Uno tiene que ir aquí, el otro allá, y debido a que solo quedan cinco minutos más para leer la Biblia, el capítulo debería ser corto. Se leen las palabras, pero no se presta atención ni se reflexiona en ellas. Querida congregación, ¿hay todavía a diario un momento tranquilo para oír la voz del Señor? ¿Tienen una Biblia, jóvenes, una Biblia personal? ¿Comienzan su día con ella y lo terminan de la misma manera? No necesitan decirlo a sus padres, pero espero que haya entre ustedes quienes tengan el hábito de abrir la Palabra de Dios antes de dormir y arrodillarse antes de ir a la cama. No tiene que ser largo, pero debe ser real, y el Señor lo puede dar. Para obrar la fe verdadera, Él quiere usar los medios que ha dado para ello, es decir, Su preciosa Palabra, que tan a menudo descuidamos y tanto despreciamos. Temo que sectas como la de los mormones tengan más conocimiento de sus supuestos “escritos sagrados” como *el Libro de Mormón* y *La Perla de Gran Precio*, que el que tenemos nosotros de la verdadera Biblia, la Palabra viva de Dios. Tómense el tiempo para leer la Palabra de Dios, y háganlo en el momento del día donde su mente está más despejada. Si en la noche están muy cansados, tal vez no sea el mejor momento para leer un pasaje largo. Entonces, despiértense más temprano y lean la Biblia por la mañana, pidiendo al Señor que la bendiga para su mente y alma.

No olvidemos nunca que la Palabra de Dios debe ser aplicada a nuestros corazones. No deberíamos enriquecernos de puro conocimiento intelectual de la Biblia. ¡Oh, velen contra eso! Los jóvenes ricos pueden tener mucho conocimiento en la cabeza, pero carecer de gracia en el corazón. Nuestro conocimiento de la Palabra de Dios debería ser un conocimiento experimental. A esto se refiere el catecismo aquí, a saber, tener Su Palabra como verdad, aceptarla con reverencia e inclinarnos ante ella incondicionalmente. En Oseas 4:6 leemos: *“Mi pueblo fue destruido por falta de conocimiento”*. Esto no implica solamente conocimiento de la cabeza, sino del corazón. Conocer la Biblia es más que poder responder a todas las preguntas en un examen sobre su contenido. Significa conocerla en amor y en sinceridad. Presupone una relación íntima.

Antes de visitar Canadá por primera vez con mi esposa, habíamos leído algunos libros sobre el país, los cuales habíamos recibido de otra persona. Por supuesto, había libros sobre osos, lagos y las Montañas Rocosas. ¿Y puedo decirles algo? Cuando visitamos Canadá, resultó ser muy diferente a lo que habíamos pensado. No porque esos libros dijeran mentiras. No, más bien, nos dieron bastante información y las imágenes eran bonitas. Tal vez hubiera podido contar cosas del país que aquellos que viven allí ni siquiera habían oído. Sin embargo, había una gran diferencia entre ellos y yo. Yo había leído mucha información acerca de Canadá, pero la mayoría era conocimiento de libros. Ellos quizás hubieran leído menos libros, pero tenían conocimiento por experiencia, ya que habían nacido y crecido allí.

¿Alguna vez han probado la miel? Nunca la van a olvidar. ¿Qué sabor tiene, niños? ¡Es muy, muy dulce! En el colegio pueden aprender mucho sobre la miel y saber cómo se produce, pero si nunca la han probado, aún no saben realmente lo que es. ¿Me entienden? Cuando la Palabra de Dios y el Catecismo hablan de conocimiento, es un conocimiento experimental —algo que está en el corazón y no solamente en la mente.

La fe es un conocimiento seguro de todo lo que Dios nos ha revelado en Su Palabra —“todo”, es decir, la ley y el evangelio, el pecado y la gracia. Hay personas que solo quieren hablar de las promesas del evangelio, pero la fe verdadera considera todo lo que Dios nos ha revelado en Su Palabra, no solo las promesas del evangelio; también las amenazas de la Ley y la manifestación de Su justicia. Job conocía algo de ello. Y ese conocimiento fue el resultado de su inmensa lucha: *“De oídas te había oído, mas ahora mis ojos te ven. Por tanto, me aborrezco y me arrepiento en polvo y en ceniza”* (Job 42:5-6).

¿Entiende usted lo que significa? ¿Ha llegado Dios a ser el Santo para usted, y usted el pecador digno de condenación? ¿Ha visto la brecha entre Dios y su alma? ¿Ha escuchado la voz del Monte Sinaí: *“Maldito todo aquel que no permanece en todas las cosas que están escritas en el libro de la ley, para hacerlas”* (Gálatas 3:10)? Oh, entonces puede haber promesas en la Biblia, pero usted cree que son para el pueblo de Dios. Para usted son las amenazas y maldiciones, y usted se

somete a ellas. Siente un anhelo tan intenso de conocer a Dios. Hay deseos tan ardientes de recibir el perdón de sus pecados y ser reconciliado con Dios. Oh, congregación, entonces intenta dejar sus pecados y acercarse al Señor. Entonces entra en el taller de trabajo, como se dice a veces. Usted trabaja día y noche, y no se cansa de ello siempre que pueda encontrar paz con Dios. Pero cuanto más trabaja, más sucio y pecaminoso se siente. ¿Me entiende? Tales personas no pueden mantenerse alejados del Señor, pero no ven un camino por el cual puedan acercarse a Él. Su condición se vuelve más y más desesperada.

Sin embargo, no permanecerán en tan desesperada situación. Miren lo que dice nuestro Catecismo de Heidelberg acerca del conocimiento: es un conocimiento de “todo lo que Dios nos ha revelado”. Esto incluye el camino de la salvación. El Señor lo revela por Su Palabra y Espíritu. Él muestra el camino de liberación. Él les da luz de lo alto. Sí, Él da conocimiento de ese inefable milagro de que Él es justo y, sin embargo, puede perdonar al pecador sobre la base de los méritos de Cristo.

Los pobres y necesitados de Dios pueden tener tan poco conocimiento de esto. Suspiran y lloran ante Él: “Señor, ¡revela más de Cristo a mi corazón para que yo lo conozca y pueda apoyarme en Él!” Oh, si Dios contesta su oración y da conocimiento interno de ese camino de liberación, deben admirar a Dios, Aquel que planificó ese camino desde la tranquilidad de la eternidad. Entonces ese camino se vuelve tan idóneo y precioso, tan necesario y adecuado. Tales son humillados hasta el polvo y claman: “¡Ahora alguien como yo, un monstruo de iniquidad, puede ser salvo! ¡Hay todavía un camino a la salvación, aun para el primero de los pecadores!”

Creen firmemente que el Señor *puede* hacerlo, pero a veces dudan si el Señor *quiere* hacerlo. Pueden ver la *posibilidad* de ello, pero no la *certeza*. Congregación, es una confianza que Dios debe obrar en nosotros. Un pecador no puede llevarse a sí mismo a ese lugar. En cambio, retrocede. No se atreve a esperar ser parte del pueblo de Dios. Pero el Señor lo llevará allí a Su propio tiempo. Obrará esa confianza por el poder de Su Palabra y Espíritu. Esperamos hablar algo de ello, pero, primeramente, cantaremos del Salterio 20:1-2.

* * * * *

La fe verdadera, congregación, es también una verdadera confianza. “No es sólo un seguro conocimiento... sino también una verdadera confianza que el Espíritu Santo infunde en mi corazón, por el Evangelio, dándome la seguridad de que no sólo a otros, sino también a mí mismo Dios otorga la remisión de pecados, la justicia y la vida eterna, y eso de pura gracia y solamente por los méritos de Jesucristo.” Debemos recordar que aquí el Catecismo da una descripción de la fe en su madurez, en su estado plenamente desarrollado. Si alguien nunca hubiera visto un árbol en toda su vida y le preguntara a usted: “¿Qué es un árbol?”, no le hablaría de una semilla en el suelo que, con el tiempo, madurará en un árbol, ¿no es cierto? Más bien, le diría que un

árbol es algo con tronco, raíces, ramas, hojas y frutos. Describiría un árbol en su estado maduro. Obviamente, podría mostrar una pequeña semilla o el pequeño árbol creciendo de ella. Es verdad que todo ya está presente en esa pequeña semilla. Es también verdad que un árbol joven, con pocas hojas y sin frutos visibles aún, es también un árbol, tanto como el árbol maduro. ¿Diríamos que el árbol joven no es árbol porque es pequeño y no tiene frutos? ¡Por supuesto que no! Es un árbol. Así, el Catecismo, al describir la fe verdadera, empieza describiéndola en su estado maduro. Nos muestra la fe en su madurez, en su plena seguridad y confianza. Dice que la fe es un seguro conocimiento y una verdadera confianza.

El apóstol Pablo pudo decir: *“yo sé a quién he creído, y estoy seguro de que es poderoso para guardar mi depósito para aquel día”* (2 Timoteo 1:12). ¿Era eso fe verdadera o no? Obviamente lo era. Sin embargo, el publicano no se atrevió ni a alzar sus ojos y clamó: *“Dios, sé propicio a mí, pecador”* (Lucas 18:13). Y eso, ¿era o no fe verdadera? Si, eso también era fe verdadera. Fe débil, pero verdadera y profunda. Era fe. ¿Cree usted que el publicano hubiera ido al templo si no existiera al menos una migaja de fe dentro de él? Fue con un corazón quebrantado y un espíritu contrito, pero en su alma seguramente había una esperanza silenciosa. Si le preguntara a esta clase de personas: “¿Posee usted algo?”, su respuesta sería: “No tengo más que culpa.” Si les preguntara: “¿Qué clase de persona es usted?”, dirían que son gente inconversa. Sin embargo, no pueden mantenerse lejos de Dios, de Su casa y de Su Palabra. Hay una chispa de fe en su corazón. Puede que arda débilmente bajo las cenizas, pero está viva. Es como un árbol tierno, o, aún menos, como una semilla diminuta. ¡Sin embargo, es fe!

Aunque esa semilla pequeña no ha madurado, contiene la naturaleza de ese mismo conocimiento y confianza que se puede encontrar en el árbol maduro. Muchos del pueblo de Dios luchan con esto porque les falta esa confianza asegurada. ¿Por qué? Puede haber varias razones. En primer lugar, desean ser estrictamente honestos con ellos mismos. Temen a su corazón engañoso y no quieren apropiarse de algo que no les fue dado. Preferirían dudar mil veces antes que engañarse una sola vez para la eternidad. En segundo lugar, hay grados en la fe, y no deberíamos olvidarlo. Un bebé no es un joven, y un joven no es aún un padre. Hay grados en la fe y pasos en la vida de la gracia. La Biblia dice: *“creced en la gracia y el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo”* (2 Pedro 3:18). En tercer lugar, aún no han visto claramente la obra consumada de Cristo. Se miran más a sí mismos que a Aquel que es el fundamento de Su iglesia. ¿Por qué no ven ese fundamento? ¡Porque aún han naufragado del todo! Esa es una cuarta razón. Todavía no han sufrido un naufragio total. Si perdemos nuestra vida por causa de Él, la hallaremos. Pero si tratamos de conservarla y aferrarnos a ella, la perderemos. Debemos caer por la borda como Jonás. Entonces se experimentará que abajo están los brazos eternos.¹ Otra razón puede ser que haya pecados ocultos. Puede haber un pecado favorito, complacencia con las cosas de este mundo, o una vida descuidada que trae oscuridad sobre el alma. También puede haber un espíritu implacable que impide el crecimiento en el temor del Señor.

¹ El autor hace una alusión a Deuteronomio 33:27.

¡Qué bendición es poder perderlo todo, congregación! ¡Qué bendición si el Espíritu Santo nos lleva al fin de nuestros esfuerzos y aprendemos a justificar a Dios! ¡Oh, qué bendición es si el evangelio se abre a nosotros en la angustia de nuestra alma y las promesas del evangelio son llevadas al corazón! ¡Qué bendición si el Espíritu Santo lleva a Cristo al alma por medio de Su Palabra! ¿Ha ocurrido esto alguna vez en su vida? Puede haber algunos que no lo pueden negar, pero justo en el momento en que quisieron abrazarlo, sintieron que sus brazos eran demasiados cortos, y en el siguiente momento Él ya se había ido. Ahora ya no ven a Cristo, sino la justicia santa de Dios exigiendo el pago del pecador. Saben que sus pecados aún no les han sido perdonados. ¿Es este su caso? Oh, entonces oren y pidan al Señor que lo guíe más y más por Su Espíritu. Es el Espíritu Santo quien obra esa confianza verdadera en el corazón por el medio del evangelio. Él le quita todo al pecador, pero luego pone a Cristo en los brazos de la fe.

Congregación, cuando Cristo puede ser abrazado como el Don del Padre, el pecador se hunde como el más vil de los hombres y el más pequeño del pueblo de Dios. Oh, ¿quién puede describir lo que es cuando un pecador digno de condenación y totalmente perdido puede descansar en la obra perfecta de Cristo para encontrar paz con Dios por la sangre de Jesús? Cuando el Señor concede esa fe verdadera como un conocimiento seguro y una verdadera confianza, no puede suceder otra cosa excepto que un cántico de alabanza surja del polvo y que Dios reciba toda la honra. Entonces será: *“No a nosotros, oh Jehová, no a nosotros, sino a tu nombre da gloria”* (Salmo 115:1). Es un tiempo tan bendito cuando podemos ver a Cristo en Su hermosura y ser unidos a Él por el Espíritu Santo. Es una maravilla inefable probar esa comunión, experimentar esa cercanía y llegar a esa confianza asegurada. Entonces el Esposo es deseable y la esposa puede exclamar: *“¡Yo soy de mi amado, y mi amado es mío!”* (Cantares 6:3). Con el corazón en este estado, Simeón exclamó: *“Ahora, Señor, despides a tu siervo en paz, conforme a tu palabra; porque han visto mis ojos tu salvación”* (Lucas 2:29-30).

Querida congregación, oren por ello. Espero que no encuentren descanso fuera de esa Perla de Gran Precio. Si usted aún es inconverso, sepa que el Señor está tocando la puerta de su corazón. Puede llegar el momento en que se escuche el último llamado. Pero si conocen un poco de lo que hemos intentado explicar del Catecismo, no lo nieguen. Oren para que el Señor les quite todos los falsos lugares de descanso y los guíe a los brazos de Aquel que es deseable. Entonces estarán de acuerdo con Asaf en el Salmo 73:25: *“¿A quién tengo yo en los cielos? Y fuera de ti nada deseo en la tierra”*.

Debemos concluir. Hay más en este Domingo que tratar, como el Credo Apostólico. Lo dejamos por ahora. Una cosa es necesaria: vuelvan a casa con ese mensaje. Pónganlo ante el Señor y díganle honestamente: *“Soy tan inconverso, tan ciego, tan renuente. Oh, Señor, por favor dame lo que tus hijos pueden tener —esa fe verdadera y salvadora.”* ¿Hay gente entre nosotros que se sienten zarandeada de arriba abajo? Han oído lo que es la fe y lo que no es. En su interior, se

dicen a sí mismos que no tienen la fe verdadera en sus vidas. Quizás se sientan como hipócritas. Después de todo, eso no es tan malo, siempre que eso los lleve al Señor con la súplica: *“Examíname, oh Dios, y conoce mi corazón; pruébame y conoce mis pensamientos; y ve si hay en mí camino de perversidad, y guíame en el camino eterno”* (Salmo 139:23–24). Espero que no puedan detenerse y descansar fuera de Cristo. Entonces el Señor hará realidad Su promesa: *“No quebrará la caña cascada ni apagará el pábilo que humea”* (Isaías 42:3). Amén.

Salterio 382:1,5